



LECTIO DIVINA

Octava de Pascua

Del 31 de marzo al 06 de abril de 2024



DOMINGO, 31 DE MARZO DE 2024
RESURRECCIÓN DEL SEÑOR
El primer día

Oración introductoria

Te alabo, Señor, y te bendigo porque eres el Dios de la vida, porque eres poderoso y has vencido toda oscuridad en mí y en cada rincón del mundo.

Gracias porque el mal no tiene la última palabra y ahora puedo seguirte en el gozo, la alegría y tener vida en abundancia.

Creo en ti, acojo todos los regalos que vienen con tu Resurrección, confío que sus efectos se harán vida en mí. Te amo y quiero vivirte vivo.

Petición

Jesús, después de acompañarte en los sufrimientos que padeciste por nosotros; me dispongo a celebrar tu resurrección y tu triunfo sobre el pecado. Lléname de tu paz y de la verdadera alegría espiritual.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 10, 34a. 37-43)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Salmo (Sal 117)

Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses (Col. 3, 1-4)

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.

Secuencia

Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta.

«¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?».
«A mi Señor glorioso, la tumba abandonada,

los ángeles testigos, sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea, allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos la gloria de la Pascua».

Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia
que estás resucitado; la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate de la miseria humana
y da a tus fieles parte en tu victoria santa.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 1-9)

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro

discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

Monasterio Santa Catalina del Monte Sinaí

Liturgia de las Horas, s. IX

Macarismos de la Resurrección (SC 486. Sinaiticus graecus 864, Cerf, 2004), trad. sc@evangelizo.org

¡Cristo resucitó! ¡Alégrense!

Escucha, Adán, alégrate con Eva, ya que el que antiguamente los había despojado a los dos y por su engaño los había hecho cautivos, sobre la Cruz de Cristo fue reducido a la impotencia.

Hoy, oh Cristo has abolido con tu poder al imperio de la muerte. Donador de vida, has liberado las almas de los hombres, gracias a tu resurrección, tú nuestro Salvador.

Como la multitud de los ángeles en el cielo, así el género humano en la tierra festeja la totalmente santa Resurrección de tu bondad, Señor.

Hoy, Cristo resucitó del sepulcro, del que hace surgir la incorruptibilidad para todos los mortales. En su misericordia, con las Miróforas, inaugura la alegría de la Resurrección. *

Despiértanos de la tumba del pecado, ya que una multitud de pasiones nos había puesto a muerte. Oh Salvador que por tu Resurrección has destruido la tiranía de la Muerte, verdadero Amigo del hombre

Alégrense, sabias Miróforas, Mujeres que han visto las primeras la Resurrección de Cristo y han anunciado a los apóstoles la resurrección del mundo entero.

*Miróforas: Mujeres que portan los perfumes.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida.

Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso». (*S.S. Francisco, Mensaje Urbi et Orbi de 2020*).

Meditación

Cada palabra escrita en el Evangelio tiene una razón de ser, encuentra significados profundos que unifican tu historia de salvación. Abre mi mente para comprender la profundidad que hay en una sola frase.

“El primer día de la semana”

Me recuerda al momento de la creación cuando “la tierra era caos y confusión: la oscuridad cubría el abismo y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: “Haya luz, y hubo luz” (Gn 1, 2-3).

Así es el día de nuestra recreación, redención. Tu resurrección es esa luz que se hace en medio de la oscuridad. ¡De la mía! Tu presencia, cuando te hago espacio, disipa todo caos y confusión.

Brota la pregunta: ¿Cómo recibir tu resurrección?

El primer día de la creación no existía nada, bastó la palabra de Dios para que hubiera luz. En mi vida quiero que sea igual, dejar que resuene esa palabra llena de autoridad: “haya luz”. Entonces más que hacer algo, abre mis ojos para darme cuenta de la luz que Tú pones en mi vida.

Déjame, como los apóstoles, ver y creer. Cuando despierto en una casa como la que tengo, ver y creer que eres Tú en tu Providencia. Cuando experimento paz después de una jornada de entrega, trabajo y cansancio ver y creer que esa paz viene de ti, que me acompañas. Cuando logro vivir en caridad de pensamiento, palabra y acción ver y creer que esa es tu vida en mí. Cuando puedo disfrutar de lo más sencillo de la vida ver y creer que es la vida que me regalas.

Esta Pascua, ¡Ven, sé mi luz! Recréame. Permíteme ver y creer.

Oración final

¡Amor, Amor, Amor! Quiero sentir, vivir y expresar todo este Amor que es empeño gozoso en el mundo y contacto feliz con los otros.

Sólo tú me libras, sólo tú me sueltas. Y los hielos descienden para regar el valle más verde de la creación.

LUNES, 01 DE ABRIL DE 2024

Dos anuncios

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de confiar más en Ti.

Hay muchas incertidumbres y dilemas en mi vida, por eso te pido que incrementes mi confianza en Ti.

Sé que muchas veces me quedaré en mí mismo, pero quiero estar más cerca de Ti.

Petición

Jesús Resucitado, ilumina mi fe y mi vida

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles

(Hch. 2,14.22-33)

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: “Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has enseñado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro”. Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo”, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo (Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. Yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.» El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. R.

Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 28, 8-15)

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán». Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles: «Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros.» Ellos tomaron el dinero y

obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 14 (Les Catéchèses, coll. Les Pères dans la foi 53-54, Migne 1993), trad. sc@evangelizo.org

¡No teman! ¡Exulten temblando!

“De pronto, Jesús salió a su encuentro y las saludó, diciendo: «Alégrense». Ellas se acercaron y, abrazándole los pies, se postraron delante de él” (Mt 28,9). Ellas lo abrazaron para que se cumpliera la Palabra “Lo agarré, y no lo soltaré” (Ct 3,4). Sin dudas las mujeres eran débiles físicamente, pero viril era su valentía. La abundancia de las aguas no pudo apagar su amor, ni los ríos deglutirlo. Muerto estaba el que buscaban, pero la esperanza de la resurrección no estaba apagada.

El ángel, dirigiéndose todavía a ellas: “No teman” (Mt 28,5). No es a los soldados sino a ustedes que digo “No teman”. Ellos temían, porque fueron instruidos por la experiencia, fueron testigos y exclamaron “Verdaderamente este era el Hijo de Dios” (Mt 27,54). Ustedes, al contrario, no tienen que temer porque “en el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor” (1 Jn 4,18).

“Vayan en seguida a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos” (Mt 27,8). Ellas se van con temor mezclado de alegría. ¿Todavía eso no está escrito? Si. El Salmo 2 narra la pasión de Cristo “Sirvan al Señor con temor; temblando, ríndanle homenaje” (Sal 2,11.12). “Exulten” porque el Señor resucitó, “temblando” ya que el ángel se les apareció como un relámpago.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Algo extraño: las mujeres que dijeron “vamos temprano porque los soldados vendrán y nos crucificarán”. Los soldados que vigilaban el sepulcro hicieron lo mismo: habían visto la verdad, pero luego prefirieron vender su secreto y “asegurémonos: no nos metamos en estas historias, que son peligrosas”.

Un momento de crisis es un momento de elección, es un momento que nos coloca frente a las decisiones que tenemos que tomar: todos en la vida han tenido y tendrán momentos de crisis. Crisis familiares, crisis matrimoniales, crisis sociales, crisis laborales, muchas crisis ... Esta pandemia es también un momento de crisis social. ¿Cómo reaccionar en ese momento de crisis?» *(Homilía de S.S. Francisco, 2 de mayo de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Por un lado, las mujeres que se encontraron a Jesús y descubrieron el tesoro de la vida. Me parece muy interesante como el Evangelio presenta a las mujeres como las primeras testigos de la resurrección del Señor, esto es porque una mujer puede ser testigo de la vida en dos formas. La primera es cuando da a luz un hijo o es una madre espiritual, se convierte así en una misionera de la vida porque lleva este mensaje a su familia y a la gente con la que se encuentra. La segunda forma, en la que es testigo de la vida, es cuando llega al punto de comunicar la experiencia de qué significa tener un encuentro personal con Jesús, como las mujeres del Evangelio, quienes, por gracia de Dios, pudieron convertirse en comunicadoras de la vida que no se acaba.

Por el otro lado, los soldados, su experiencia con el resucitado es muy diferente, ya que aun teniendo este encuentro totalmente fortuito con Jesús, que sale de la tumba para dar vida, lo cual solo se explica por el poder de Dios. Sin embargo, ellos escogen la mentira. Motivados por diferentes cosas y presionados por las circunstancias cedieron a cubrir el milagro más grande la historia con un cuento falso. Negar la resurrección del Señor con una mentira, buscando que la fe cristiana pareciera una tontería.

Dios tiene sus caminos y sus formas para hablar a la gente. Él elige estas formas que a veces a nosotros nos parecen impensables, que no tienen sentido, pero lo adquieren cuando vemos los eventos a la luz de la fe y confiados de la mano de Dios.

Oración final

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. (Sal 15)

MARTES, 02 DE ABRIL DE 2024

Las lágrimas de María Magdalena

Oración introductoria

Señor, dame un corazón como el de tu hija María, un corazón que llore en tu ausencia, y que se regocije en tu presencia, un corazón que te ame de manera genuina, un corazón que te busque. Dame, Señor, un corazón enamorado de ti. Amén.

Petición

Dios mío, la vida cristiana es una búsqueda constante de ti y de tu amor. No permitas que las actividades diarias ni las atracciones del mundo me distraigan de mi fin último, de tu gloria y de tu servicio.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 2, 36-41)

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos: «Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Al oír esto, se les traspaso el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?». Pedro les contestó: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro». Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo: «Salvaos de esta generación perversa». Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo (Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22)

La misericordia del Señor llena la tierra.

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R.

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 11-18)

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Releemos el evangelio

Homilía de un autor anónimo del siglo XIII

Meditaciones sobre la Pasión y la Resurrección de Cristo (Lectures chrétiennes pour notre temps, Abbaye d'Orval, 1973), trad. sc@evangelizo.org

“No me retengas, porque todavía
no he subido al Padre” (Jn 20, 16-17)

“María” te reconozco por tu nombre, aprende a conocerme por tu fe. “Ella le dijo en hebreo: «¡Raboní!», es decir «¡Maestro!»”, enséñame a buscarte, enséñame a retenerte. “No me retengas, porque

todavía no he subido al Padre” (Jn 20,17). No crees todavía que soy igual, coeterno y consustancial al Padre. Créelo y me habrás retenido.

Tu mirada se detiene en el hombre, por eso no crees, no crees por lo que ves. No ves a Dios, cree y verás. Por tu fe, me retendrás, como esa mujer que “le tocó los flecos de su manto, pensando: «Con sólo tocar su manto, quedaré curada»” y fue curada (cf. Mt 9,20-22). ¿Por qué? Porque me ha tocado por su fe. Retiéneme con esa mano, búscame con esos ojos, corre hacia mí con esas piernas.

No estoy lejos de ti, soy el Dios cercano (cf. Dt 4,7), Palabra en tu boca y tu corazón. ¿Qué hay más cercano al hombre que su propio corazón? Es ahí, en la profundidad de su interior, que me han descubierto los que me encontraron. Lo que está en el exterior sólo concierne la vista. Mis obras son reales, aunque son frágiles y pasajeras. Mientras que yo, su Creador, permanezco siempre en lo más profundo de los corazones puros.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es la hora también del llanto del discípulo ante el misterio de la Cruz y del mal que afecta a tantos inocentes. Es el llanto amargo de Pedro ante la negación, de María Magdalena ante el sepulcro. Sabemos que en tales circunstancias no es fácil encontrar el camino a seguir, ni tampoco faltarán las voces que dirán todo lo que se podría haber hecho ante esta realidad altamente desconocida.

Nuestros modos habituales de relacionarnos, organizar, celebrar, rezar, convocar e incluso afrontar los conflictos fueron alterados y cuestionados por una presencia invisible que transformó nuestra cotidianeidad en desdicha. No se trata solamente de un hecho individual, familiar, de un determinado grupo social o de un país.

Las características del virus hacen que las lógicas con las que estábamos acostumbrados a dividir o clasificar la realidad desaparezcan. La pandemia no conoce de adjetivos ni fronteras y nadie puede pensar en arreglárselas solo. Todos estamos afectados e implicados» (*Carta de S.S. Francisco, 30 de mayo de 2020*).

Meditación

“María se había quedado llorando junto al sepulcro de Jesús”

En María Magdalena presenciamos el misterio de amor de una persona que ha amado sin límites y que llora desconsoladamente la ausencia de la persona amada. María llora desde el corazón, llora porque Jesús ya no está con ella para guiarla, para ser el testigo de que sus pecados han sido perdonados, para mostrarle el amor del Padre. María es el ejemplo encarnado de la persona que reconoce que la vida sin Dios no es sino un mar de lágrimas que no se puede extinguir sino con el regreso de Dios mismo; ella era muy consciente de que, sin Dios, su vida carecía de sentido.

Sin embargo, Este «llorar junto al sepulcro» no es la última escena de nuestras vidas, la miseria de haber perdido a Dios, de haberlo entregado a los verdugos, no es el final de la historia. Dios no ha muerto en vano.

Jesús le dijo: “¡María!”

El Señor no nos deja solos. Las lágrimas de quien llora por su ausencia no se derramarán en vano. El Señor, que seguramente veía a María llorar por Él, ha visto en esas lágrimas el amor inmenso que María tenía por Él y no pudo sino compadecerse de tal muestra de amor. El Señor se acerca y la llama por su nombre. Esas son palabras de consolación y de salvación.

María escucha la voz del Amado y se da cuenta que no está muerto, que ha resucitado. El corazón de María se regocija en ver al «Maestro» vivo y en su presencia, llamándola por su nombre y mirándola con amor infinito. Esta es la promesa de Dios, la promesa de Cristo que se entrega por nosotros para regresar, glorificado, y llevarnos con Él a la casa del Padre.

Oración final

Nosotros aguardamos al Señor:

él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor,

venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. (Sal 32)

MIÉRCOLES, 03 DE ABRIL DE 2024

Jesús sale a nuestro encuentro.

Oración introductoria

Señor, te pido la gracia de reconocerte en los demás, en las circunstancias que vivo, en todo lo que me pasa y que muchas veces no entiendo. Dame la gracia de verte y dejarme cambiar por tu amor.

Petición

Cristo resucitado, enciende el calor de mi fe y esperanza de tal manera, que, en esta Pascua de resurrección, la vivencia de la caridad sea el distintivo de mi vida.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 3, 1-10)

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a costas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa», para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se le quedó mirando y le dijo: «Míranos». Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda». Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo (Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9)

Que se alegren los que buscan al Señor.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos. Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas. R.

Gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro. R.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo; hijos de Jacob, su elegido! El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra. R.

Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 24, 13-35)

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: - «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». - Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: - «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabe lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: - - «¿Qué?». Ellos le contestaron: - «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: - - «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrará así en su gloria?» Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. - Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él hizo simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: - «Quédate con nosotros, porque atardece y

el día va de caída». - Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: - «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». - Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: - «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». - Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 235 (PL 38. Lectures chrétiennes pour notre temps, Abbaye d'Orval, 1972), trad. sc@evangelizo.org

Encuentra tu fuerza en la fracción del pan

¿Cuándo quiso manifestarse el Señor? “En la fracción del pan” (Lc 24,35). Podemos estar seguros: compartiendo el pan, reconocemos al Señor. Ha querido ser reconocido en ese momento por nosotros, que no lo veríamos en la carne, pero comeríamos sin embargo su carne. Sea quien seas, que no portas en vano el nombre de cristiano, que no entras en la iglesia en vano. Tú que escuchas con reverencia y esperanza la Palabra de Dios, encuentra tu fuerza en la fracción del pan.

La ausencia del Señor no es una ausencia. Sólo cree: el que no ves está contigo. Cuando Jesús les hablaba, los discípulos no tenían fe. Como no lo creían resucitado, no esperaban poder revivir. Habían perdido la fe, habían perdido la esperanza. Muertos, caminaban con

el Viviente; muertos, caminaban con la Vida. La vida caminaba con ellos, pero sus corazones no habían todavía retornado a la vida.

Tú, si quieres la Vida, haz lo que hicieron y reconocerás al Señor. Recibieron al extranjero: el Señor parecía un viajero que iba lejos, pero supieron retenerlo. “Ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos” (Lc 24,29). Retiene al extranjero si quieres reconocer al Salvador. Lo que la duda había hecho perder, la hospitalidad lo ha devuelto. El Señor manifestó su presencia en la fracción del pan.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Evangelio relata el encuentro de Jesús resucitado con los discípulos de Emaús y como ellos reconocieron al Señor al partir el pan. El cristianismo es un encuentro con Jesús, el cristiano es aquel que se deja encontrar por el Señor. Nacimos con una semilla de inquietud, aún sin saberlo: nuestro corazón tiene sed del encuentro con Dios, lo busca, muchas veces por caminos equivocados. Y Dios tiene sed de encontrarnos.

Vemos que Jesús respeta nuestro camino, sigue nuestros tiempos, es el Señor de la paciencia, camina a nuestro lado, escucha nuestras inquietudes, las conoce. Hoy, en esta misa, rezamos por todos aquellos que sufren la tristeza, porque están solos o porque no saben qué futuro les espera o porque no pueden llevar adelante su familia porque no tienen dinero, porque no tienen trabajo. Tanta gente que sufre de tristeza. Recemos por ellos hoy.» *(Homilía de S.S. Francisco, 26 de abril de 2020, en santa Marta).*

Meditación

A veces Dios nos sale al encuentro sin que nosotros lo sepamos. Alguien que parece estar en otra onda porque no entiende lo que estamos sintiendo, en el caso de los discípulos de Emaús, su tristeza. Este sentimiento que tenían les nublaba la mente y no los dejaba reconocer a Jesús. Podemos ser víctimas de una ceguera que no se cura con una operación porque es más profunda. Su corazón creía algo, tenía expectativas diversas a las que sucedieron, pero el Señor sabe cómo llegar a su encuentro y cambiar la vida.

Pregúntate hoy, ¿cómo es que Jesús te sale al encuentro y quiere hablar contigo? Hay tantas formas como hay personas en el mundo. Una de las lecciones que nos deja este periodo de la Semana Santa es que Dios tiene planes muy diferentes a los que nos podemos imaginar, quiere usar medios que nosotros no usaríamos, no quiere el camino fácil, sino que se compromete a llevar la cruz junto a nosotros y por nosotros.

En este pasaje del Evangelio también se nos muestra una actitud verdadera que se hace presente cada vez más en nuestra sociedad. Esta realidad es la de darse la vuelta y no responder al amor de Dios, o, mejor dicho, darle una respuesta negativa. Jesús se sorprende y reprende a los discípulos quienes después de haber visto todo lo que había hecho y padecido no podían reconocer quién era Jesús en realidad, se quedaron con la idea que tenían de Él y no podían sacársela de la cabeza hasta que el mismo Jesús llegó a su vida.

Pídele al Señor que no seas duro de corazón para reconocerle y responderle; que te ayude si te encuentras en esta situación.

Oración final

Dad gracias al Señor,
invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. (Sal 104)

JUEVES, 04 DE ABRIL DE 2024

El Cristo glorioso de la cruz

Oración introductoria

Padre, ayúdame a descubrir el gran don que me haces con la presencia de tu Hijo en mi vida. Te pido que aumentes mi fe en tu Eucaristía para que pueda conocerte mejor y que te ame cada vez más.

Petición

Dios mío, te pido la gracia de no tener miedo de ser testigo de tu amor. Enciende mi deseo de construir mi vida siguiendo a Cristo, con la fuerza y la luz de tu Espíritu Santo.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 3,11-26)

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico de Salomón, donde estaban ellos. Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente: «Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis

como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a vista de todos vosotros. Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo.” Y, desde Samuel, en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra.” Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo (Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9)

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

¡Señor, Dios nuestro, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él? R.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies. R.

Rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar, que trazan sendas por el mar. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 24, 35-48)

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: - «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí» Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. - Y le dijo: - «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los

pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Sermones para el domingo y fiestas de los santos

«Palpadme y daos cuenta»

«Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona». Creo yo que hay cuatro razones por las que el Señor enseña a los apóstoles su costado, sus manos y sus pies. Primeramente para dar pruebas de que, verdaderamente, había resucitado y así quitar de nosotros toda duda. En segundo lugar, para que «la paloma», es decir, la Iglesia o el alma fiel, ponga su nido en sus llagas, como «en las grietas de la roca» (Ct 2,14), y encuentre en ellas protección contra el gavián que la acecha. En tercer lugar, para dejar impresas en nuestros corazones, como unas insignias, las marcas de la Pasión. En cuarto lugar, para prevenirnos y pedirnos que tengamos compasión de él y no le traspasemos de nuevo con los clavos de nuestros pecados.

Nos enseña sus manos y sus pies: «Ved, dice, las manos que os hicieron y formaron (cf Sl 118,73); mirad como las han traspasado los clavos. Mirad mi corazón del que habéis nacido vosotros los fieles, vosotros mi Iglesia, igual que Eva que nació del costado de Adán; mirad: la lanza lo ha abierto para que se os abra la puerta del paraíso que el querubín de fuego tenía cerrada. La sangre que ha brotado de mi costado ha alejado a este ángel, ha desafilado su espada; el agua ha apagado el fuego (cf Jn 19,34) ... Escuchad con atención, recoged estas palabras, y la paz estará con vosotros."

Palabras del Santo Padre Francisco

«Digámoslo confiados y sin miedo: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. No le tengamos miedo a los escenarios complejos que habitamos porque allí, en medio nuestro, está el Señor; Dios siempre ha hecho el milagro de engendrar buenos frutos. La alegría cristiana nace precisamente de esta certeza. En medio de las contradicciones y de lo incomprensible que a diario debemos enfrentar, inundados y hasta aturdidos de tantas palabras y conexiones, se esconde esa voz del Resucitado que nos dice: “¡La paz esté con ustedes!”». *(Homilía de S.S. Francisco, 30 de mayo de 2020)*

Meditación

Jesús sale al encuentro de los discípulos cuando menos se lo esperaban. Aún más inesperado era el estado como se les apareció, un hombre llagado, con las huellas de su martirio. No se puede separar la cruz de Jesús. Después de su resurrección les sigue recordando a los apóstoles el significado de la cruz y el sufrimiento. Uno de los mayores problemas de la fe es la pregunta sobre el mal en el mundo, especialmente cuando acaece a los inocentes.

Una respuesta que emana del hecho de ser cristiano es la del testigo de toda la pasión del Señor, la cruz. Ella pudo percibir todo lo que le pasaba a Jesús, cuánto sufrió, vio a su madre y sintió cómo se le rompía el corazón al ver a su hijo morir lentamente, pero en todo esto notaba algo especial en Jesús. Él sabía cómo vivir su vida y muerte con amor; cargó todos nuestros pecados aquel que era todo lo contrario al pecado y lo hizo por amor. La respuesta del dolor inocente es el Hijo que muere en la cruz. Claramente esta no es la única respuesta al problema del mal, pero es una muy potente.

Un signo de la resurrección de Jesús es el poder que les otorga a sus sacerdotes de permanecer en el mundo a través de la Eucaristía. Ellos mismos lo comentan con los discípulos de Emaús, quienes reconocieron quién era su «huésped», dicen: «lo reconocimos al partir el pan». El mismo Jesús come un pedazo de pescado para mostrarles el poder del alimento que da vida. En la Eucaristía nos encontramos con Jesús que nos comparte su pan para que nosotros también lo compartamos con los demás.

Oración final

¡Señor, dueño nuestro,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? (Sal 8)

VIERNES, 05 DE ABRIL DE 2024

Dios humano está a mi lado

Oración introductoria

Señor, quiero abrirte mi vida para que te conviertas en alguien importante para mí; sé que a veces me puedo alejar de Ti, pero te pido la gracia de que nunca me dejes solo.

Te pido que me concedas los lentes de la fe para verte en mi vida cuando actúas y cuando solo estás ahí presente sin decir mucho.

Petición

Señor, que sepa contemplar y agradecer la abundancia de tu amor.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 4, 1-12)

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres. Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas; junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes. Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos: «¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?». Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos».

Salmo (Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27ª)

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Digan los que temen al Señor: eterna es su misericordia. R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R.

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 21, 1-14)

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta

fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

San Máximo de Turín (i-c. 420)

obispo

Homilía sobre el Salmo 14

“Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago”

Este día que ha hecho el Señor (Sal 117,24) penetra todo, contiene todo, abraza todo, cielo y tierra e infierno... Y cuál es este día del cielo sino Cristo del que dijeron los profetas: “el día al día le pasa el mensaje” (Sal 18,3) Sí, este día es el Hijo a quien el Padre que es la luz del día, anuncia los secretos de su divinidad. Él es aquel día que dice por la boca del Sabio: “Haré brillar mi doctrina como amanecer, y llevaré su luz todo lo lejos que pueda.” (Eclo 24,32) ... Así la luz de Cristo brilla eternamente, irradia y las tinieblas del pecado no pueden apagarla. “La luz resplandece en la tinieblas y las tinieblas no la sofocaron.” (Jn 1,5)

En la resurrección de Cristo, todos los elementos son glorificados; estoy seguro que el sol brilló en aquel día con un resplandor especial. ¿No tenía que participar en la alegría de la resurrección, él que se oscureció en la muerte de Cristo? (Mt 27,45) ... Como un siervo fiel, se oscureció para acompañar a Cristo a la tumba. Hoy debe resplandecer para saludar la resurrección... Hermanos, alegrémonos en este día santo. Que nadie, al recordar sus pecados, se aleje del gozo común. Que nadie desespere del perdón. Le espera un favor inmenso. Si el Señor en la cruz perdonó al ladrón.... ¿cómo no nos colmará a nosotros con los beneficios de su gloriosa resurrección?

Palabras del Santo Padre Francisco

«En esta otra pesca no se habla de asombro. Se puede ver una cierta naturalidad, se puede ver que ha habido progreso, un camino que ha ido creciendo en el conocimiento del Señor, en la intimidad con el Señor; diré la palabra correcta: en la familiaridad con el Señor. Cuando Juan vio esto, le dijo a Pedro: “¡Pero si es el Señor!”, y Pedro se ciñó la túnica, se tiró al agua para ir al Señor. La primera vez se arrodilló ante él: “Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador. Esta vez no dice nada, es más natural. Nadie preguntó: “¿Quién eres?” Sabían que era el Señor, era natural, el encuentro con el Señor. La familiaridad de los apóstoles con el Señor había crecido. Nosotros los cristianos, también, en nuestro camino de vida estamos en este estado de caminar, de progresar en la familiaridad con el Señor. El Señor, podría decir, está un poco “a la mano”, pero “a la mano” porque camina con nosotros, sabemos que es Él. Nadie le preguntó, aquí, “¿quién eres?”: sabían que era el Señor.» *(Homilía de S.S. Francisco, 17 de abril de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Dios se aparece en medio de las circunstancias cotidianas de la vida, para los apóstoles fue la pesca. Estando en el lago y trabajando en lo que les gustaba, el Señor se les aparece y, al inicio, es difícil descubrir que es Él. Este episodio del Evangelio nos recuerda que debemos buscar a Jesús en nuestro día a día, no es fácil, pero de verdad nos dará mucha paz el hecho de ver a Cristo en medio de nuestras circunstancias. Dios quiere ser parte de nuestra vida, quiere alegrarse con nosotros, llorar con nosotros, sentir lo que nosotros sentimos. Quiere ser una persona cercana a nuestra vida.

Ante la sorpresa de la resurrección y las apariciones a los apóstoles, ellos se llenan de una inmensa alegría. Esta felicidad por la vida de Jesús les lleva a poner toda su confianza en Él, a hacer lo que les dice porque saben que les ayudará en todo lo que emprendan. Una nueva vida se les comunica; esta nueva etapa está marcada por el amor y la confianza en Dios quien es capaz de resucitar a gente de los muertos.

En este periodo de pascua, pidámosle al Señor que nos conceda la gracia de confiar más en Él para convertirnos en testimonio de una vida llena de Dios y que contagie la alegría del Evangelio. Con esta fe y confianza en el Señor tenemos el arma secreta para luchar contra las fuerzas del enemigo. Nuestra vida cristiana es una batalla contra el demonio que nos quiere ver lejos de Dios. No nos detengamos en este camino hacia Dios, este camino que nos da esperanza para el futuro.

Oración final

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia. (Sal 117)

SÁBADO, 06 DE ABRIL DE 2024

Magdalena ejemplo de testigo del amor

Oración introductoria

Gracias, Señor, por este día. Gracias por permitirme conocer un poco más de tu amor a través del Evangelio y de tus santos.

Así como a santa María Magdalena, expulsa de mí aquello que pueda estorbar mi unión contigo. Y dame la valentía para morir anunciando a todos que Tú vives. Amén

Petición

Señor, aparécete en mi oración, o dame la humildad de saber que me escuchas, aunque no «sienta» nada

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 4,13-21)

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín, y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre». Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». Por ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo (Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21)

Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos. R.

«La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte. R.

Abridme las puertas de la salvación, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella. Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 16, 9-15)

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: - «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Releemos el evangelio

Monasterio Santa Catalina del Monte Sinaí

Liturgia de las Horas, s. IX

Canon en honor a la cruz y la Resurrección (SC 486. Sinaiticus graecus 864, Cerf, 2004), trad. sc@evangelizo.org

¡Resucitaste de entre los muertos, tú nuestra Vida!

¡Resucitaste de entre los muertos, tú la Vida de todos! Un ángel de luz clamó hacia las mujeres: “¡Cesen sus lágrimas, lleven a los discípulos la Buena Noticia! ¡Canten este himno a plena voz: Resucitó el Cristo Señor, que siendo Dios quiso salvar la raza humana!”

Señor, escuché hablar sobre el Misterio de tu Encarnación, consideré tus obras y glorifiqué a tu divinidad.

Una calaña de rebeldes te ha clavado a la cruz, Cristo nuestro Dios, y, en tu misericordia, por esta cruz salvaste a los que glorifican tu resurrección.

Antiguamente, haciéndome comer del fruto del árbol, el Enemigo me había expulsado del Edén. Gracias al árbol de la cruz, Dios Bondadoso, fui llamado a mi primer lugar.

Por tu muerte, Maestro, la Muerte fue capturada y puesta a muerte, ya que, siendo la Vida subsistente, has dispensado la Vida a los habitantes de las tumbas.

Resucitado del sepulcro, has hecho resucitar contigo a todos los muertos yacientes en el Hades y has iluminado a los que glorifican tu resurrección.

María inmaculada, suplica a Dios, al que has dado a luz, acordar a tus servidores el perdón de sus faltas.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La comunicación es una misión importante para la Iglesia. Los cristianos comprometidos en este campo están llamados a poner en práctica de manera muy concreta la invitación del Señor a ir por el mundo y proclamar el Evangelio. Por motivo de su alta conciencia profesional, el periodista cristiano debe ofrecer un testimonio nuevo en el mundo de la comunicación sin ocultar la verdad o manipular la información.

Efectivamente, “en medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura; que cuente que somos parte de un tejido vivo; que revele el entretejido de los hilos con los que estamos unidos unos con otros”» (*Discurso de S.S. Francisco, 18 de septiembre de 2020*).

Meditación

Hoy recordamos a María Magdalena y por lo menos yo, encuentro en su conversión y en algunos pasajes sobre ella, un personaje de lo más interesante. Se dice fácil, pero sacaron de ella siete demonios. Y la época en que le tocó vivir no es que favoreciera mucho a la mujer. Por ello, medito en la valentía y fortaleza que tuvo. Una valentía que no es sinónimo de enfrentamientos, sino de sobreponerse con su fe a varios problemas y de resistir a la contaminación de la incredulidad de otros.

Nosotros, como católicos, muchas veces podemos experimentar eso. Vamos y anunciamos que Cristo resucitó y que Cristo ama a cada una de las personas con las que hablamos y muchas veces nuestras palabras no encuentran resonancia. ¡Qué frustrante puede ser a veces! Intentar compartir una gran noticia sin que la crean o sin que interesen.

Pues bien, cuánta esperanza me da el ejemplo de esta mujer que se mantuvo firme en su convicción del resucitado, que todavía hoy nos sigue dando la lección de cómo hay que recibir la encomienda más grande que le deja Jesús a sus discípulos «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.» Así pues, encomendémonos a esta gran santa para que igual que ella, quien estuvo muy cerquita de la Virgen Santísima al pie de la cruz, podamos ser testigos de lo que significa el amor.

Oración final

El Señor tenga piedad nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. (Sal 66)